

CAPITÁN EN VUELO

Hace una década, Ricardo Posada Copano se subió por primera vez a un helicóptero. Hoy disfruta los fines de semana y las vacaciones piloteando su propio modelito, exactamente igual a la miniatura que tiene en la oficina. Para este constructor de 58 años, encumbrar el vuelo es simplemente parte de su vida.

Por Bárbara Lichnovsky • Fotos Francisca Sumar



Un helicóptero, matrícula CC-CRW, surca hábilmente el cielo de Santiago. Acariciado por el sol de la tarde, su colorido oscila entre azul y amarillo

anaranjado. Lo comanda Ricardo Posada, consejero nacional de la CChC, con rumbo a alguna playa abandonada o quizás hacia una laguna sureña donde haya buena pesca. Es que volar sencillamente le encanta: “Uno goza cuando está arriba. Puedes recorrer las distancias, viajar a otros lugares, sintiendo que tú eres el comandante de la nave”.

Ricardo no se crió en una familia de pilotos. Ni siquiera era fanático de los helicópteros cuando era niño. Lo cierto es que su pasión por el vuelo fue fruto de una curiosa casualidad. Un amigo del colegio quería rendir los exámenes para ingresar a la Escuela de Aviación y Posada, quien era un quinceañero, se ofreció a acompañarlo. ¿El resultado? “Sólo quedé yo. ¡Ni tenía pensado entrar! Lo hice de mono”, confiesa.

Dos años después, Ricardo Posada ya piloteaba aviones como todo un experto, alcanzando incluso el rango de Subalférez. Y ni siquiera las exigencias de su profesión lograron alejarlo por completo de los cielos. Ingresó al Club Aéreo Tobalaba para seguir volando y apenas pudo, se compró tres aviones bimotores.

Hasta que un día decidió expandir sus horizontes. “Es que cuando uno es piloto, siempre quiere probar cosas nuevas, buscar nuevas experiencias”, afirma. Fue así como este constructor descubrió los helicópteros. En ellos encontró las sensaciones que bus-

Ricardo admite que andar en helicóptero tiene sus peligros. “El más grande son los cables eléctricos”, dice. Sin embargo, afirma que nunca ha pasado mayores sustos: “Es una afición bastante segura. Uno corre más riesgos andando en auto”.



caba: “Es un vuelo mucho más bonito, porque vas a menor altura, observas más cosas y puedes aterrizar en lugares donde un avión no llega”, explica.

Claro que aprender a maniobrar un helicóptero no fue fácil. “Es como tomar un palito de escoba. Tienes que tener mucha sensibilidad para poder manejarlo”, afirma. Primero hizo un curso con un instructor en Santiago y luego se compró un pasaje a Fort Worth, en el estado de Texas. El objetivo fue someterse a un programa de entrenamiento donde el piloto aprende a enfrentar emergencias reales. Desde entonces se ha comprado tres aeronaves, cada una más grande y rápida que la otra. “Uno siempre quiere tener algo más fuerte y potente para poder desarrollar la pasión que siente”, explica.

Actualmente, Ricardo posee un helicóptero en el que caben siete personas, el cual atesora en el Club Aéreo de Las Condes. Allí se reúne junto con un grupo de empresarios que comparten su amor por el vuelo. “Nos programamos los fines de semana y en las vacaciones para recorrer distintos lugares”, cuenta. ¿Y la señora? También se sube a bordo, dice el piloto: “Ella se duerme, así de segura se siente conmigo”.

Por supuesto, Ricardo admite que andar en helicóptero tiene sus peligros. “El más grande son los cables eléctricos”, dice. Sin embargo, afirma que nunca ha pasado mayores sustos: “Es una afición bastante segura. Uno corre más riesgos andando en auto”. Eso sí, según Posada, un buen piloto debe apegarse estrictamente a los protocolos de vuelo y “no hacer tonteras”. Lo que significa andar a una altura prudente y hacer un reconocimiento previo de la zona antes de aterrizar.

Claro que a veces suceden cosas inespera-

Ricardo no se crió en una familia de pilotos. Ni siquiera era fanático de los helicópteros cuando era niño. Lo cierto es que su pasión por el vuelo fue fruto de una curiosa casualidad. Un amigo del colegio quería rendir los exámenes para ingresar a la Escuela de Aviación y Posada, quien era un quinceañero, se ofreció a acompañarlo. ¿El resultado? “Sólo quedé yo. ¡Ni tenía pensado entrar! Lo hice de mono”, confiesa.

das. Como esa neblina que lo pilló camino al lago Yelcho, obligándolo a bajar en medio de una plantación. Afortunadamente, el dueño de la tierra y su señora, enfundada en su pijama, graciosamente aceptaron las disculpas del caso. “Él me dijo: ‘Por suerte que llegaron aquí porque hay problemas con los mapuches. Si hubieran aterrizado tres kilómetros

más allá no tendrían nave”, recuerda.

Ricardo Posada sabe que no sólo Dios, la suerte y la experiencia lo acompañan. Es por eso que cada vez que llega sano y salvo a su destino, no olvida recompensar a su fiel helicóptero por el esfuerzo desplegado. “Le haces un cariñito no más y le dices que se portó muy bien”, afirma sonriendo. **EC**



Según Posada, un buen piloto debe apegarse estrictamente a los protocolos de vuelo y “no hacer tonteras”. Lo que significa andar a una altura prudente y hacer un reconocimiento previo de la zona antes de aterrizar.